

El último secreto templario

ANTONIO GALERA

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2005, Antonio Galera

© 2005, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.

Tuset, 3, 2.ª planta 08006 Barcelona

www.styria.es

Primera edición: noviembre de 2005

Segunda edición: diciembre de 2005

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Realización editorial: Cifra (www.cifra.cc)

ISBN: 84-934691-3-0

Depósito Legal: B-50.902-2005

Impresión y encuadernación: Industria Gráfica Domingo, S. A.

Impreso en España - Printed in Spain

Índice

PRIMERA PARTE.....	13
1	15
2	27
3	39
4	55
5	73
6	85
7	95
8	105
9	123
10	141
11	163
SEGUNDA PARTE	177
1. Medina del Campo, 12 de agosto de 1308	179
2. Valencia, 1 de octubre de 1308	187
3. Alcalá de Henares, madrugada del 9 de noviembre de 1309	191
4. Martos, 9 de agosto de 1312	195
5. Jaén, 7 de septiembre de 1312	199
6. Tarragona, 4 de noviembre de 1312	203
7. París, 18 de marzo de 1314	205
8. Aviñón, 20 de abril de 1314	215
9. París, 4 de junio de 1314	223
10. Toulouse, 8 de octubre de 1314	229
11. París, 29 de noviembre de 1314	235

Dios creó de la nada todo cuanto de material hay en el mundo, incluso al hombre. Y al crear de la nada, los hechos de Dios se convirtieron en herméticos, ilógicos e inexplicables.

El hombre puede crear de la materia creada por Dios, pero no de la nada. Razón por la cual, los hechos de los hombres son siempre diáfanos, lógicos y razonables.

Dios es creador y el hombre recreador. Y por estas dos razones, la obra de Dios será eternamente misterioso e impenetrable, y la obra del hombre será, en toda época, transparente y razonable.

Mi experiencia personal, basada en el razonamiento y en la reflexión, me han llevado a la conclusión de que no existe nada bajo el cielo que realizado, dicho o escrito por el hombre no pueda tener, más tarde o más temprano, su lógica explicación.

A mis hijos, Inma, Antonio José y Diego.

Los tres aprendieron en el seno familiar y a temprana edad que la droga más potente, la más fascinante, la más fraterna, es formar parte de la sociedad que nos ha tocado vivir y trabajar sin descanso para transformarla y rectificarla, de tal forma que, aunque nunca logremos vivir en una comunidad perfecta, sí podamos conseguir, al menos, erradicar de ella la desigualdad, la pobreza y el hambre...

PRIMERA PARTE

Era la noche del viernes 18 de diciembre de 1307. La noche, sin duda, más oscura y espantosa que el joven armiguero Timoteo Gil y Pérez había vivido. El cielo escondía todos sus astros bajo un manto negrísimo y húmedo de atezados nubarrones que amenazaban con reventar de un momento a otro y arrojar sobre la tierra agua en abundancia; y un viento, candente unas veces y álgido otras, dificultaba la marcha del joven armiguero que cada vez se encontraba más cansado y más molesto con aquel sudar unas veces y enfriarse otras.

Enjambres de bichos vivientes se agitaban inquietos bajo los apelmazados matorrales, compuestos en su mayoría de romero, palmito, tomillo y lentisco; mientras que en las ramas más altas de los pinos aleteaban enloquecidas las aves diurnas asustadas, quizá, por el desquiciado volar y el espantoso graznar de sus compañeras nocturnas.

Timoteo Gil había cumplido recientemente diecisiete años. No obstante su poca edad, era de ademanes resueltos, inteligente, frío y meditador a fondo de todos los servicios que le eran encomendados. De cara angulosa, músculos atléticos, nariz roma, ojos pardos pequeños, fuertes maxilares y estatura demasiado alta y fuerte para su edad, era lo que se conocía entonces, en el argot de los templarios, como un «despabilador». Sobrenombre con el que se rebautizaba, entre los monjes soldados, a aquellos hermanos que en batalla eran como una despabiladera, tijera que servía para cortar la parte quemada del pabulo de una vela para que ardiera mejor... Era tal la condición del joven armiguero, que cuando había que salir a cumplir alguna misión o

a defender el reino contra incursiones musulmanas, no era raro verlo junto al maestro, del que era paje, con los ojos encendidos de placer, mientras otros, que ya eran verdaderos hombres, temblaban visiblemente.

La noche estaba ya muy avanzada. Deberían ser aproximadamente las tres de la madrugada cuando el joven armiguero llegó a las húmedas inmediaciones del río Argos que llevaba poquísima agua. El armiguero aprovechó para saciar su sed, y, después, saltando de una ribera del río a la otra sin ninguna dificultad, dado el estrecho caudal que portaba, siguió su ligero caminar.

El joven Timoteo Gil estaba considerado por sus superiores como uno de los más valientes y decididos armigueros de la bailía de la Santísima Cruz. Su entrada en la benemérita Orden del Temple se había producido el año de 1305, cuando sus padres, Pedro Gil y María Pérez, decidieron, de común acuerdo, llevar al niño a servir a la bailía de la muy leal y muy valerosa orden de los caballeros templarios de Caravaca, que había sido diplomáticamente recuperada por el maestro Rodrigo Yáñez aquel mismo año, después de haber estado veinte años sin que militar de ninguna orden hubiera podido poner los pies en tan apetecible plaza por culpa de unos mal llamados caballeros... Ocurrió que en el año del Señor de 1285, los templarios que ocupaban la fortaleza de Bullas no defendieron adecuadamente la plaza. Los musulmanes granadinos les ganaron la batalla y ocuparon el lugar. Y, a pesar de que los templarios de Caravaca y Cehegín, con la ayuda militar del adelantado don Fernán Pérez de Guzmán, recuperaron inmediatamente Bullas, Sancho IV, muy enojado, hizo salir del reino a los caballeros templarios y aprovechó la ocasión para reincorporar las tres villas nuevamente a su corona.

La bailía de Caravaca era cabeza de circunscripción de una de las muchas demarcaciones territoriales independientes que en el adelantamiento del reino de Murcia habían, y estaba comprendida por: Caravaca, Bullas, Cehegín, Catena y Cañada de La Cruz. El maestro que la mandaba, a la sazón en aquellos tiempos, don Juan Yáñez, ostentaba el mando absoluto de toda la demarcación territorial. Así, en cuanto a lo civil, tenía autoridad para explotar los recursos naturales de la zona; administrar justicia; arrendar tierras; alquilar casas, molinos, hornos, almazaras...; cobrar impuestos de tránsito de mercancías; im-

poner multas... Y, en cuanto a lo militar, era jefe supremo e indiscutible de las milicias templarias de Caravaca, Cehegín y Bullas, creadas para la protección del reino contra ataques e incursiones de los moros de Granada.

En la bailía de Caravaca era donde se encontraba el cuartel general del Temple del adelantamiento del reino de Murcia, incorporado en aquellos tiempos a la Corona de Castilla, y el que la mandaba ostentaba el grado de maestre territorial, mientras que las casas de Cehegín y Bullas estaban mandadas por comendadores jurídicos, bajo las órdenes del maestre territorial.

El armiguero Timoteo Gil, subió finalmente la empinada cuesta que lo llevaba a la fortaleza —construida en otros tiempos por los árabes—, y, una vez arriba, paró un momento su marcha para contemplar aquella imponente masa contorneada de chumberas que parecía, en las sombras, un monstruo gordo y peludo dormido plácidamente sobre un cómodo lecho de piedras.

Miró y remiró, como si fuese la primera vez que lo viera, el farol de aceite que, mecido por el viento, prendía del alto dintel de la puerta brillando magnánima y esplendorosamente como nunca había brillado. De la base del reluciente farol, adornado con flores de metal de estilo corintio pintadas en negra y argéntea pintura, salían seis haces de luces ascendentes de centelleantes y diferentes coloridos que cruzándose entre sí, por los efectos del viento, parecían extrañas y misteriosas señales mandadas del más allá.

El armiguero se dirigió por fin hacia la enorme puerta, mas cuando llegó bajo la luz del farol, una voz que procedía de las altas almenas lo paró en seco gritándole:

—¡Alto! ¿Quién va?

—Soy el armiguero Timoteo Gil, paje del maestre territorial —contestó el joven.

—Por la figura y la voz creo reconoceros, no obstante debéis decirme el santo y seña.

—El santo es: San Pablo... Y la seña: si llega Timoteo, mirad que no se sienta acobardado entre vosotros, porque trabaja en la obra del Señor igual que yo...

—Correcto. Esperad un momento que os abrimos la puerta. Al poco, se sintieron, a la otra parte de la puerta, unas voces y, seguida-

mente, el descorrer de unos fuertes cerrojos. La puerta se abrió sólo lo suficiente para que el armiguero pudiera entrar y, luego, la puerta se volvió a cerrar.

Poco después, el oficial de guardia entraba en los aposentos del maestre y le daba la novedad de que el paje, Timoteo Gil, acababa de llegar:

—Hacedle entrar al momento —ordenó el maestre, mientras se incorporaba del lecho y se ponía los calzones.

—Traigo malas noticias —dijo el armiguero entrando en la habitación.

—¿Malas noticias? ¿Acaso vuelve mi primo a estar enfermo? —preguntó el maestre.

—Es mucho peor que eso.

—Peor... ¡Habla Timoteo, habla! —demandó enérgicamente el maestre.

—El rey de Aragón, don Jaime II, a instancias de una carta escrita por el rey de Francia, don Felipe IV, ha hecho presos a nuestros hermanos y ha confiscado todos sus bienes.

Don Juan Yáñez palideció al oír las palabras de su paje, y pese a su buena crianza y su noble linaje, no pudo evitar exclamar:

—¡Voto al diablo...!, y que Dios nos valga. ¿El rey don Jaime? ¡No me lo puedo creer! ¡Pero si el rey don Jaime ha sido siempre uno de nuestros más fieles defensores! Pues no ha sido una ni dos, sino muchas las veces que Jaime II se ha enfrentado al rey don Luis de Navarra para que diera libertad a alguno de nuestros hermanos presos en las cárceles de aquel reino... ¿Cómo ha podido suceder eso?

—Vos sabéis que yo me encontraba en el reino de Aragón porque fui mandado por vuestra autoridad para llevar una carta a su primo el reverendísimo obispo don Martín. Pues bien, no haría ni media hora que había entregado la carta al secretario de su reverendo primo, cuando llegaron a mis oídos noticias de que nuestros hermanos habían sido detenidos y hechos presos... Seguí indagando aquí y allá, y pude comprobar que el hecho se había producido por una carta que el rey de Francia don Felipe el Hermoso, padre del rey don Luis X de Navarra, más conocido como el «Hutin», había mandado al rey de Aragón...

—¿Sabes acaso el contenido de esa carta?

—Lo sabe todo el mundo en el reino de Aragón, y quizá también en el condado de Cataluña, porque los pregoneros han estado conti-

nuamente pregonándolo, quizá para predisponer al pueblo contra nosotros o para justificar tan tremendo desatino.

—¿Qué dicen?

—Dicen que el rey de Francia nos acusa de cosas tan monstruosas como de hacer renegar a los novicios de Cristo, de la santísima Virgen y de todos los santos; de que a los armigueros se nos enseña en la catequesis que Cristo no es verdadero Dios, sino un falso profeta que sufrió la muerte por sus pecados; de escupir, pisotear y ensuciar con nuestros propios excrementos la Cruz; de sodomizar a todos los candidatos diciéndoles que lo contrario es pecado, y que los que no se quieren someter a la sodomía son decapitados o encarcelados de por vida para que no puedan hablar; de hacer jurar al candidato, en el acto de aceptación, que enriquecer a la Orden por cualquier método, lícito o ilícito, no es pecado; que los maestros y senescales dan la absolución a los pecados sin estar investidos de la autoridad eclesiástica; de invocar al diablo en las reuniones del capítulo, que se nos presenta en forma de un gato negro; de poner en los estribos de nuestras monturas la figura de nuestro señor Jesucristo para pisotearla; de que los capellanes de nuestra Orden omiten a cosa hecha en la misa las palabras de la consagración... Y por si fuera poco, también nos acusan de adorar a una figura espantosa con cabellera de sierpes y cabeza de dragón...

—¿Y cómo ha podido el rey de Aragón creerse todas esas mentiras?

—Porque el rey de Francia dice en su carta que el gran maestro don Jacobo de Molay lo ha confesado por escrito. Noticia que, según ha llegado a mis oídos, el rey don Jaime ya sabía por una visita que recibió en su castillo los días veinticinco y veintiséis de octubre. El visitante era alguien que vos conocéis muy bien...

—¿Quién?

—El dominico catalán y profesor de teología en la Universidad de París, Romeo de Zambruguera.

—¡Dios santo! Si el padre Zambruguera ha hablado con el rey, no me extraña nada que éste nos crea ahora unos herejes. El padre Zambruguera está beneficiándose, y mucho, de los favores del rey de Francia. Por eso no me extrañaría nada que hubiese sido el mismo rey de Francia el que lo hubiera mandado al reino de Aragón.

—De todas maneras, el padre Zambruguera se limitó tan sólo a repetir las confesiones del gran maestro y hermano nuestro don Jacobo de Molay.

—Si en verdad don Jacobo ha confesado todas esas mentiras, habrá sido, sin duda, bajo torturas horrendas. Malos tiempos se avecinan para nosotros, hijo, malos tiempos... El rey de Francia ha sido siempre muy astuto y ha sabido trabajar muy bien a nuestro pontífice. Hace dos meses logró arrestar a todos nuestros hermanos del Temple habidos en Francia y hace tan sólo un mes logró que su hijo, el rey don Luis de Navarra, nos persiguiera y encarcelara por todo su reino. Ahora parece que está decidido a terminar con toda la Orden del Temple... Va a ser nuestra perdición, estoy seguro. Desde que fue coronado en Reims a la edad de diecisiete años, no ha hecho otra cosa que satisfacer su necesidad de lujo y su insaciable sed de oro. Su mezquina avaricia ha empobrecido toda Francia. No en vano se le conoce allí como «el rey monedero falso», por haber sido incluso capaz de refundir la moneda y aumentar su valor, hasta el punto que un marco de plata que antes tenía el valor de cincuenta sueldos y seis dineros torneses, tenga ahora el de ocho libras diez sueldos... A nosotros nunca nos perdonará que nos negásemos a socorrerlo física y monetariamente en la conquista de Flandes, pero bien sabe Dios que fue de cristianos negarse, porque en Flandes no había ejército con el que luchar, en Flandes no había más que un puñado de hombres hambrientos y desarmados privados de sus jefes y de su gobierno que no tenían nada que llevarse a la boca ni nada con que alimentar a sus familias, y aún así, el rey de Francia mandó un ejército compuesto por cuarenta mil soldados conducidos por nobles y caballeros, a cuya cabeza iba su hermano. Sin embargo, el rey no contó con la desesperación de aquellos obreros que todo les faltaba, aquellos obreros que en número de veinte mil, la mitad justa de los soldados del rey de Francia, sin más armas que sus herramientas de trabajo, derrotaron a los franceses y humillaron a su rey.

—¿Y cómo es posible que tengan preso a nuestro gran maestre, don Jacobo de Molay, en Francia? ¿Acaso mandó el rey ir a prenderlo al convento de Chipre?

—No, hijo, no. El año pasado, concretamente el seis de junio, el papa Clemente V requirió la presencia de nuestro gran maestre para tratar de la ayuda que cristianamente se debía de dar al rey de Armenia en su guerra contra los turcos. Don Jacobo de Molay entró en París el pasado mes de enero acompañado del senescal, el mariscal y el tesorero de la Orden. Eran portadores de ciento cincuenta mil piezas

de oro y diez mulos cargados hasta los topes de plata, que llevaban para lo que el Papa decidiera disponer. Supongo que cuando el rey de Francia viera tanta riqueza, una gran envidia y un ansia grande de despojo se apoderarían de él. Pero si así fue, lo disimuló muy bien, porque, haciendo de tripas corazón, recibió a nuestros hermanos con mucha alegría y con muchos honores, hospedándoles en su palacio y dándoles trato poco menos que de reyes. Así, cuando los tuvo bien convencidos de que él era el mejor amigo y defensor de la Orden, lo primero que hizo, el muy hipócrita, fue pedirles una gran suma que necesitaba para dotar a su hija Isabel ante la boda que tenía comprometida con el hijo del recientemente fallecido Eduardo I. Después, con mimos y agasajos, los estuvo reteniendo en París para que no se fueran con las riquezas a Aviñón, donde el Papa tiene su sede. Y mientras tanto él, apuñalando a nuestros hermanos por la espalda, urgía del Papa una pronta investigación a una supuesta y atroz acusación, que debe de ser muy parecida a la que tú has oído en el reino de Aragón, que contra la Orden había sido urdida e inducida por el mismo rey en complicidad con algunos eclesiásticos fieles a él y enemigos de nuestra orden, entre los que se encontraban el traidor y perjuro Esquiú de Floyran, antiguo caballero templario que fue expulsado de la Orden por ladrón y mal cristiano, y el guarda del gran sello del Monasterio de Maubuisson, el canciller Nogaret. Nuestros hermanos del Temple estuvieron tan ignorantes de la peligrosa trama que contra ellos se estaba gestando, que no se dieron cuenta del peligro que corrían hasta que ya fue demasiado tarde. Pero para que veas hasta dónde llegó la hipocresía del rey en cuanto a enmascaradas lisonjas y ficticias amistades, debes saber que hasta el día anterior a la detención de don Jacobo y sus oficiales, estuvo el rey ofreciéndoles los honores más altos, incluso le ofreció a nuestro gran maestre el alto honor de sostener, junto a él, el paño fúnebre en el entierro de la princesa Catalina de Constantinopla... Lo que no me explico es cómo nuestros hermanos de Aragón y Cataluña no han ofrecido resistencia, sabiendo lo que les sucedió a nuestros hermanos franceses.

—La ofrecieron. Se hicieron fuertes en sus encomiendas.

—Entonces..., ¿qué pasó?

—Que las tropas del rey parlamentaron con ellos y les ofrecieron una capitulación decorosa.

—¿Y aceptaron?

—Aceptaron algunas encomiendas...

—¿Cuáles?

—Aceptaron sin oponer resistencia las encomiendas de Peñíscola, Ares, Burriana y Coves...

—¿Y cuáles se han resistido?

—Las encomiendas de Miravet, Monzón y Castellote.

—¡Benditas sean! ¿Has podido averiguar la suerte que haya podido correr el maestre provincial del reino de Aragón don Bartolomé Belbir Castellán de Monzón?

—Nada he podido averiguar sobre el maestre provincial de Aragón.

—La civilización del mundo civil y la honra del mundo cristiano han sido salvadas y protegidas durante muchos años por nosotros y con nuestra propia sangre, y ahora así se nos paga... ¿Le has dicho a alguien más lo que a mí me has contado?

—A nadie. De vos aprendí que en boca del discreto, lo público es secreto...

—Bien, eres un buen armiguero. Estoy muy orgulloso de ti. Ahora ve a dormir un poco si puedes porque en cuanto amanezca has de salir a todo galope hacia la encomienda de Carrizosa, cerca de Villanueva de los Infantes, Ciudad Real. Nuestro maestre provincial don Rodrigo Yáñez se encuentra allí supervisando unos yacimientos de carbón que se acaban de encontrar a flor de tierra en aquella región, y de cuya explotación y comercialización se va a encargar nuestra Orden. Le vas a llevar un mensaje urgente dándole cuenta pormenorizada de todo lo acaecido en las tierras de Aragón. Un mensaje que yo voy a escribir mientras descansas y que te daré cuando estés listo para partir. Me veo en la desagradable necesidad de transmitir cuanto antes a nuestro superior las noticias que has traído, porque de él deberá brotar la decisión de lo que tengamos que hacer de aquí en adelante..., pues yo no sé si sería prudente o descabellado reunir a todas las tropas de Castilla y salir en socorro de nuestros hermanos aragoneses... Pero antes de que te vayas a descansar quiero pedirte un último favor...

—¿Cuál?

—Que cuando hayas terminado, o sea, que cuando hayas dado el mensaje a nuestro maestre provincial y él te haya dado la contestación para que me la traigas, digas al hermano sacristán que te dé a besar el sagrado caldero, y hagas, antes de besarlo, petición sincera

para que la Orden del Temple salga bien parada de todo este desatino.¹ ¿Lo harás?

—Lo haré... Pero antes de retirarme debo deciros otra cosa...

—¿Qué?

—Perdí el caballo.

—Estoy seguro de que habrá una razón de peso para que tú hayas perdido el caballo, ¿qué pasó?

—Cuando me di cuenta del peligro que corría en las tierras de Aragón vestido con el hábito de armiguero, hice que el caballo trotara. Me dirigía hacia aquí a todo galope, pues quería salir cuanto antes del reino de Aragón y entrar en el de Castilla, donde por lo menos estaría a salvo, cuando en Abanilla, último pueblo del reino de Aragón antes de entrar en el de Castilla, fui sorprendido por una escuadra de soldados al servicio del rey don Jaime II. Me persiguieron, con tan mala fortuna que antes de alcanzar los límites de nuestra frontera, el caballo tropezó y quedó tendido sobre el camino con una pata rota. Confieso que en vez de luchar, como era mi deber, eché a correr y me escondí, hasta que los soldados se dieron por vencidos y dejaron de buscarme. Después, pasé la frontera y me dirigí a Fortuna. Unos huertanos me dieron de comer y viandas para el camino. Luego fui a Blanca, pasé a nado el río Segura, y desde Ricote me vine directamente aquí. Merezco castigo por no haber defendido una propiedad de la encomienda y por huir cobardemente, y estoy dispuesto a sufrirlo...

—Hiciste lo que debías, Timoteo. Nunca en la Orden del Temple se ha castigado a nadie por haber hecho lo que debía, y tú no vas a ser menos... Si no hubieras hecho lo que hiciste, seguramente yo no sabría ahora las sorprendentes noticias de las que has sido portador. Esas noticias son muy importantes para nosotros, porque ahora estaremos prevenidos para lo que pueda suceder... Ve a dormir, supongo que estarás cansado.

—¡A vuestras órdenes, y que nuestro señor Jesucristo os ampare en todo momento por todas las bondades que os adornan y por todo

1. Los templarios del castillo de Alhambra, en Carrizosa (Ciudad Real), eran custodios de un caldero de bronce al que se le atribuía la propiedad de conceder, después de besarlo, el deseo que se le hubiera pedido, siempre y cuando el deseo hubiera sido hecho con sinceridad y sin ánimo de lucro. No concedía dinero ni propiedades, pero sí quitaba el dolor, sanaba al enfermo y curaba al estéril. El caldero fue robado el día 24 de febrero de 1934, sin que todavía se haya podido saber quién o quiénes fueron los ladrones. (*N. del A.*)

el amor que demostráis hacia la Orden y hacia vuestros inferiores! —dijo saliendo del lugar el joven armiguero.

El maestro don Juan Yáñez quedó solo y pensativo. Precisamente en la carta que le había mandado a su primo el obispo de Cartagena, que estaba pasando unos días de descanso en Aspe, le transmitía sus inquietudes y recelos en cuanto a lo que él sospechaba que el rey Felipe IV en complicidad con el Papa, una vez detenidos los templarios de Francia, quería que sucediera con los templarios de la península ibérica.

Don Juan Yáñez era un anciano de sesenta y cinco años, de rostro enjuto y ademanes señoriales. Era alto, flaco, de cabellos grises rapados y piernas y brazos muy largos. Tenía el rostro rectangular con unos ojos profundamente hundidos en las órbitas. Daba la impresión, por su figura y su semblante, de ser una persona tremendamente autoritaria, severa e intratable, pero no era así, era una persona afable y cariñosa, a la que todos sus inferiores respetaban y obedecían como a un padre. Su figura austera y delgada era debido a los grandes ayunos y privaciones a los que voluntariamente se sometía por amor a sus semejantes y a nuestro señor Jesucristo.

Timoteo Gil no se había percatado de lo cansado que estaba hasta que llegó a la celda dormitorio destinada a la sección de los hermanos armigueros. Los ronquidos de sus hermanos de armas libres de servicio se elevaban hacia la bóveda que formaba el techo, y un olor hartoso desagradable a sudor envolvía todo el ambiente.

El armiguero se despojó de las armas, se quitó cuidadosamente el hábito, lo alzó fervorosamente por encima de su cabeza, lo besó, lo dobló meticulosamente y lo dejó sobre una banqueta de madera que para ese menester tenía; luego, se arrodilló junto a la cama de tablas; hizo la señal de la cruz y, juntando las manos en actitud de adoración, se acodó sobre el colchón relleno de paja y rezó la oración que todo templario tenía que rezar antes de irse a la cama como acto de aceptación de la muerte en nombre de nuestro señor Jesucristo y de su esposa la Santa Madre Iglesia: «Pongo en vuestras manos, Señor —oró mentalmente—, el ser que me habéis dado; este ser que ha de cesar por la muerte en el mismo instante que Vos lo dispongáis. Acepto desde ahora esta muerte con sumisión y espíritu de humildad, en unión de la que sufrió mi señor Jesucristo; y espero que con esta

aceptación mereceré vuestra misericordia para salir felizmente de ese paso tan terrible. Deseo, ¡oh Dios mío!, haceros por mi muerte, batallando contra los infieles, un sacrificio de mí mismo, rindiendo así el debido homenaje a la grandeza de vuestro ser por la destrucción del mío. Y con esta esperanza acepto gustoso todo lo que tiene el campo de batalla de horrible. Consiento, ¡oh Dios mío!, en la separación del alma de mi cuerpo, en castigo de lo que por mis pecados me he separado de Vos. Acepto, Señor, que mi cuerpo sea escondido en la tierra y pisado para castigar el miedo que a veces he tenido al enfrentarme a vuestros enemigos: acepto la soledad y horror del sepulcro, para reparar las críticas que haya pronunciado contra mis superiores: acepto, en fin, la reducción de mi cuerpo a polvo y ceniza, y que sea pasto de los gusanos, en castigo del amor que le tengo a la vida. Reparad Vos las injurias que os he hecho, destruid este cuerpo de pecado, este enemigo de Jesús, estos miembros de iniquidad que a veces se han negado a matar a un enemigo... A todo me sujeto, ¡oh, Dios mío!, como también a la sentencia que vuestra divina justicia quiera dar a mi alma en el momento de mi muerte. Amén».

Terminada la oración, el armiguero se tendió sobre el duro lecho de tablas y se tapó con la manta rayada en blanco y negro, en cuyo extremo derecho estaba bordada la cruz roja ochavada del Temple.

El retumbar de los truenos, que anunciaban el comienzo de la tormenta que largo tiempo había estado amenazando, comenzó a oírse y, de cuando en cuando, el hueco de la redonda ventana que servía de respiradero a la celda comunal se iluminaba de una luz rojizo-amarillenta producida por los relámpagos. La lluvia comenzó a caer gorda, abundante y pesada, ensordeciendo con sus fuertes impactos los roncidos de los dormidos soldados, y haciendo más soportable, con su peculiar y húmedo aroma, el agrio olor a sudor... El armiguero apenas podía, a pesar de lo cansado que estaba, conciliar el sueño con aquel ensordecedor tronar que le hacía vibrar en la cama, con aquellas luces serpenteantes que la celda iluminaban, con aquella ventolera que los árboles doblaba y con aquella tromba de agua que las tejas levantaba...

Poco a poco, fue sumiéndose en un inquieto y extraño sueño. En un sueño de agitadas pesadillas en el que se vio arder sobre una enorme pira de llamas intermitentes que no le causaban ningún dolor. La gente que lo rodeaba lloraba desconsoladamente, mientras que unos

guardias fuertemente armados contenían a unos bellos e inmaculados ángeles sin alas que intentaban libertarlo. «¡Santo!, ¡santo!», gritaba la multitud mientras él se consumía risueño en aquellas indoloras llamas, a la vez que una misteriosa voz que procedía del cielo se hacía audible a todos diciendo: «No os maravilléis de que el fuego no queme, porque llegará el tiempo en que todos los que tengan que morir en las llamas oirán la voz del Hijo de Dios; y los que hayan sido quemados por obrar rectamente resucitarán para la vida; y los que quemen a otros obrando inicualemente resucitarán para ser condenados...».